

La Iglesia católica y la Revolución cubana

Enrique López Oliva

Periodista e historiador. Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en Latinoamérica (CEHILA-Cuba).

«Nadie escapa al juicio del Señor»
Amós, 9.

No resulta fácil aproximarse desprejuiciadamente desde las ciencias sociales, sin condicionamientos ateizantes ni apologéticos, a una institución tan compleja y multifacética como la Iglesia católica, apostólica y romana, de larguísima historia, donde la tradición sigue pesando tanto, para analizar sus encuentros y desencuentros con un proceso político tan radical como la Revolución cubana, que arriba al medio siglo. Los desencuentros entre la Iglesia católica y el Gobierno revolucionario se iniciaron desde 1959, se acrecentaron con la proclamación socialista de la Revolución y se institucionalizaron con la Constitución de 1976 —luego del Primer Congreso del Partido—, que declaró el carácter ateo del Estado.

Los especialistas coinciden en que el campo religioso cubano en estos cincuenta años registra significativos cambios, caracterizándole la mayor pluralidad y acentuada movilidad. Declinan notablemente la membresía y la práctica en las «iglesias históricas» (católica, protestantes y evangélicas), se incrementan el

clericalismo y el proceso de deslaicización, fragmentación y aparición de nuevas expresiones e instituciones religiosas. Se acelera la difusión del pentecostalismo y el neo-pentecostalismo, especialmente en su modalidad carismática, y se fortalece el denominacionalismo, extendiendo su influencia a iglesias establecidas, como la Metodista.

Simultáneamente se fortalecen las religiones de origen africano, que en el caso de la Santería o Regla de Ocha ya cubre toda la Isla. Se añaden nuevos movimientos religiosos como Nueva Era, cultos orientalistas como el budismo, ganan espacio los diversos espiritismos, aparece el Islam y se vigoriza el judaísmo.

Variables políticas y económicas inciden en este rico, complejo y contradictorio proceso. Va declinando el ateísmo militante, sobre todo tras el Cuarto Congreso del PCC (1991), que aprobó la admisión de religiosos en sus filas; paralelamente, se extienden el indiferentismo y la simultaneidad de prácticas, preocupando a muchos líderes religiosos, especialmente a la Iglesia católica romana, que declina en un mundo más plural, donde el desarrollo de las ciencias cuestiona antiguos dogmas religiosos, y el vertiginoso desarrollo de las comunicaciones

difunde nuevas ideas y contribuye a forjar nuevos tipos de relaciones, incluso entre los feligreses, entre el personal clerical, y entre estos y sus fieles.

Ante esta realidad, muchos se preguntan, dentro y fuera de Cuba: ¿cuál será el papel de la Iglesia católica en el futuro inmediato de la Isla?¹ Alcanzando el actual proceso político cubano su medio siglo, es necesario considerar, entre los factores políticos, económicos, sociales y culturales, el papel que ha desempeñado y pueda desempeñar la religión; aunque, con prejuicios ateizantes, algunos lo subestimen, es un elemento de variada incidencia en la conducta de muchos cubanos, incluso los que no son religiosos o no se autorreconocen como tales. En el mapa religioso nacional, históricamente asume un papel destacado la que fuera durante la colonia la religión oficial y que mantuviera —pese a la separación de la Iglesia y del Estado, a partir de la Constitución de 1901— una situación privilegiada respecto a otras religiones, la Iglesia católica; es una realidad que no se debe ignorar.

Intento de periodización

Facilita el estudio de las relaciones entre la Iglesia católica en Cuba y el gobierno revolucionario, apoyarnos en la siguiente cronología,² a la que añadimos los tres períodos finales, aunque no los desarrollemos en este trabajo: 1) Desconcierto (1959-1960); 2) confrontación (1961-1962); 3) evasión (1963-1967); 4) reencuentro (1968-1978); 5) diálogo (1979-1985); 6) adaptación (1986-1992); 7) reacomodo (1993-1997); 8) segundo reencuentro (1998-actualidad).

Apoyo y desconcierto

El triunfo de la Revolución cubana, el 1º de enero de 1959, sorprendió a la Iglesia católica en una posición «preconciliar», «tridentina», inspirada en la filosofía teológica tomista antiluterana-protestante del Concilio de Trento (siglo XVI) y por los acuerdos antimodernistas del Primer Concilio Vaticano (1869-1870). Firme aliada del antiguo régimen feudal-monárquico, se resistía al surgimiento de una línea liberal reformadora y a que existiera un movimiento católico socialista. Después de la Segunda guerra mundial, acompañó a los Estados Unidos en la Guerra fría contra la URSS y el bloque que esta encabezó en Europa del Este, cuyos partidos comunistas proclamaron su militancia atea.

Recién iniciaba su papado Juan XXIII —«Papa rojo» para la reacción, «Papa bueno» para sus admiradores—, cuando veinticinco días después del triunfo revolucionario

cubano convocó al Concilio Vaticano II (1962-1965), iniciador del proceso de *aggiornamento* (puesta al día) de la Iglesia, que posibilitaría la apertura al diálogo entre marxismo y cristianismo, y al diálogo ecuménico y con otras religiones.³

Todavía en los años 50 las cátedras católicas rechazaban la concepción evolucionista de la creación, y el concepto jerárquico opacaba la dimensión comunitaria que en América Latina impulsaría, una década después, el compromiso político de muchos sacerdotes y laicos por cambios radicales que acabaran con regímenes de explotación. Clérigos y laicos progresistas se reunieron en organizaciones como Cristianos por el Socialismo y Sacerdotes Tercermundistas,⁴ impactados por la Revolución cubana y la aplicación de los acuerdos del Concilio a la realidad latinoamericana, tras la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín, 1968), y la aparición de la Teología (latinoamericana) de la Liberación (TL). Previamente, a finales de los 60, surgía el Movimiento Camilista,⁵ inspirado en el sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo (Colombia, 1929-1966),⁶ guerrillero muerto en combate. Fidel Castro lo calificó de «símbolo de la unidad revolucionaria que debe presidir la lucha de liberación de los pueblos de América Latina».

Muchos teólogos liberacionistas miraron hacia la experiencia revolucionaria cubana, mientras laboraban en el desarrollo de las Comunidades eclesiales de base, nueva forma que optó por el pobre —la llamada Iglesia popular—, y por la lectura popular de la Biblia, desde las realidades en que los pueblos viven su fe.

En 1959, la jerarquía católica de la Isla la formaban, mayoritariamente, cubanos; no así el clero.⁷ Gran parte de este estaba influido por la Guerra civil española, el «catolicismo-nacional» español, y algunos habían luchado en las filas de la Falange contra la República. Sin embargo, entre el pequeño grupo de sacerdotes vascos republicanos —los «curas rojos»— que permanecían castigados en Cuba, hubo posiciones de comprensión hacia los cambios iniciados por la Revolución. El fraile franciscano Ignacio Biaín, director de la revista *La Quincena. Una Respuesta Cristiana a los Problemas de Hoy*, difundió, a finales de los años 50 y principios de los 60 —fue suprimida por los Superiores franciscanos en 1961— lo entonces más avanzado del pensamiento social católico. Biaín escribiría, en el primer número de 1959: «Sin exageración podemos decir que hemos entrado en la etapa más decisiva y trascendental de Cuba, desde que Cuba conquistó la independencia [...] Ahora se completa y acabará el ideario martiano».⁸ Sus superiores franciscanos intentaron sacarlo de Cuba, pero él rompió su pasaporte y falleció en La Habana en 1963.

Relaciones con la Santa Sede

Las relaciones entre la Santa Sede y el gobierno cubano, iniciadas en marzo de 1935, han sido ininterrumpidas, incluso en los momentos de mayor tensión entre la Iglesia local y el Estado.⁹ Roma no cedió a las presiones de los Estados Unidos para aislar al gobierno revolucionario. El doctor Luis Amado Blanco, católico español republicano y exiliado en Cuba, fue embajador del Gobierno revolucionario hasta su fallecimiento en 1975; en los años últimos fue Decano del cuerpo diplomático acreditado en la Santa Sede, y por muchos años el único representante de un gobierno declarado socialista.

En 1962, al Nuncio Apostólico en La Habana, Monseñor Luigi Centoz —cercano al gobierno de Batista—, lo reemplazó Monseñor Cesar Zacchi —nombrado además Encargado de Negocios de la Sede vaticana—, y desde su llegada procuró el acercamiento al Gobierno revolucionario. Ese año, la Santa Sede envió en misión especial a la capital cubana al Nuncio en Bruselas, Silvio Oddi, en un intento de frenar la salida masiva de sacerdotes y religiosas.

Monseñor Zacchi fue uno de los más brillantes diplomáticos extranjeros presente en aquellos años en la capital cubana —laicos católicos que buscábamos una mejor relación entre la Iglesia y el Estado, sosteníamos con él largas conversaciones. A la recepción que siguió a su consagración como Obispo, en 1967, asistió Fidel Castro y conversó con los obispos católicos de Cuba, por vez primera desde el triunfo revolucionario.

La gestión mediadora de Monseñor Zacchi —compartía con Fidel la pesca submarina; ocasión en la que intercambiaban sobre las relaciones Iglesia católica-Estado— recibió severas críticas y denuncias ante la Santa Sede, de parte del clero y del laicado, principalmente del radicado en los Estados Unidos, que, en desacuerdo con sus intentos conciliadores, pedían su remoción. Opinaba que «la Iglesia debe adaptarse a todos los regímenes, porque su imperativo es el cuidado de las almas y no debe abandonar el rebaño», puntualizando que «la emigración de los opositores a los Estados Unidos alivió la presión a que estaba sometido el clero». Insistió en que «el católico debe de integrarse a las organizaciones de masas de la sociedad en que vive» y subrayó: «no veo inconveniente en que un católico adopte la teoría económica marxista, a los efectos prácticos de su conducta como cuadro de una revolución».¹⁰

Reacción del episcopado

No debe olvidarse el apoyo de personalidades eclesiales a figuras revolucionarias durante la lucha insurreccional. Monseñor Enrique Pérez Serantes

—Arzobispo de Santiago de Cuba— intercedió ante autoridades de la dictadura para que se respetara la vida de los asaltantes al cuartel Moncada; al arribo a Santiago de las fuerzas rebeldes, emitió la Instrucción pastoral «Vida Nueva» (3 de enero de 1959),¹¹ y calificó a Fidel Castro de «hombre de dotes excepcionales» que ofrecía un programa para «la obra de restauración que se va a emprender».

Sacerdotes católicos fueron capellanes del Ejército Rebelde. Al padre Guillermo Sardiñas se le otorgó el grado de Comandante de la Revolución. Participaron también muchos laicos católicos en la lucha antibatistiana. En 1958, tres militantes de las Juventudes de la Acción Católica y cuatro de la Agrupación Católica Universitaria aparecieron asesinados con señales de tortura.

A partir de 1959, abandonaban el país prelados identificados, en alguna medida, con la dictadura, como Monseñor Eduardo Martínez Dalmau, Obispo de Cienfuegos. Paralelamente, la presencia en el primer Gobierno revolucionario de connotados laicos católicos, fue interpretada por la jerarquía católico-romana como que «no sería afectada por la Revolución triunfante», e «indujo a algunos a pretender que se introdujera la enseñanza religiosa en las escuelas públicas».¹² Pero la actitud anticomunista de la Iglesia, propia de la teología oficial, y el desconcierto provocado por la actitud gubernamental de no reconocer compromiso con los sectores sociales antes dominantes, además del temor al laicismo, naturalismo, socialismo o comunismo, severamente condenados por la doctrina pontificia, generó desconfianza hacia la naciente revolución en sectores de la Iglesia, aunque muchos no se atrevieran, inicialmente, a expresarlo en público.

El 30 de mayo de 1959, el Episcopado cubano, en la circular «Al pueblo de Cuba»,¹³ manifestó inquietud por los rumores acerca de la unificación del sistema escolar y lo que calificó de «control estatal excesivo».¹⁴ Los fusilamientos de connotados sicarios de la dictadura y la Ley de Reforma Agraria¹⁵ —que no afectó a la Iglesia porque, en Cuba, esta no era latifundista—, la estatización de la educación, que desarticuló la red de escuelas católicas, uno de sus principales medios de reproducción de la fe; la Ley de la Reforma Urbana, que aunque afectó a la Iglesia y sus órdenes, congregaciones y asociaciones, estas no se manifestaron públicamente por ser un beneficio popular, así como otras medidas revolucionarias, alarmaron a sectores católicos, que las consideraron parte de la instauración del comunismo.

La Iglesia estaba influida por feligreses afectados por el nuevo proceso político, que intentaron utilizar a la institución y sus espacios físicos para actuar contra

el gobierno. En comparecencia televisiva, Fidel Castro se refirió al intento «de explotar el sentimiento religioso» contra la joven revolución y advirtió: «Tratan de canalizar el sentimiento religioso hacia una postura contrarrevolucionaria, tratan de dividir al pueblo».¹⁶

Confrontación

La confrontación entre la jerarquía católica y el rumbo socialista de la Revolución cubana, proclamado en abril de 1961, alcanzó su máxima tensión con la expulsión de 132 sacerdotes católicos, el 17 de septiembre de ese año. Mayoritariamente españoles, se mostraron beligerantes ante el proceso político en marcha. El clero se redujo bruscamente de ochocientos sacerdotes a inicios de 1950, a unos doscientos, sumadas las expulsiones a la emigración voluntaria.

Entre los expulsados estuvieron el Obispo auxiliar de La Habana y rector de la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, Eduardo Boza Masvidal, y el sacerdote Francisco Oves (1928-1990).¹⁷ Posteriormente, Oves intentó sin éxito buscar la conciliación entre el Gobierno revolucionario y la Iglesia en Cuba, lo cual rechazó un amplio sector de la institucionalidad eclesiástica. Muchos católicos consideran que quedó entre el «fuego cruzado» de un sector de la Iglesia opuesto al diálogo con la Revolución y dirigentes del Partido Comunista de Cuba (PCC) que hicieron del «ateísmo científico» una especie de dogma de fe.

Entre los expedicionarios —organizados por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA)— que desembarcaron por Bahía de Cochinos, estuvieron dirigentes laicos católicos y, como capellanes, tres sacerdotes: Ismael Lugo (capuchino), Tomás Macho (jesuita) y Segundo de Las Heras (escolapio). Durante la invasión, el cardenal Manuel Arteaga y Betancourt (1879-1963) se refugió en la Embajada de Argentina en La Habana.

En las circunstancias de abril de 1961, la dirección revolucionaria designó a José Felipe Carneado —veterano abogado sindicalista, procedente del Partido Socialista Popular (PSP)— para atender las relaciones Iglesia-Estado. Carneado intercambió respetuosamente con la jerarquía eclesial, y tuvo el apoyo de laicos católicos identificados con el proceso revolucionario, que abogaban por el entendimiento entre la instancia eclesial y la estatal.¹⁸

En vísperas del desembarco de Playa Girón, Fidel Castro se refirió por primera vez a la «Revolución socialista y democrática, de los humildes y para los humildes», y mencionó a «clérigos reaccionarios», «farsantes», que «bendicen y santifican la mentira».¹⁹

Previamente, varios obispos católicos emitieron enérgicas pastorales condenando el comunismo, que rechazaron los católicos identificados con el proceso político; un grupo de estos fundó el movimiento Con la Cruz y con la Patria, con la participación del sacerdote cubano Germán Lence, suspendido de sus funciones sacerdotales por la jerarquía. Muchos católicos se incorporaban a organizaciones surgidas de la Revolución —por ejemplo, la dirigente laica Esterlina Milanés fue fundadora de la Federación de Mujeres Cubanas—, se hicieron milicianos (algunos sacerdotes les negaron la comunión) y participaron en la fundación de los Comités de Defensa de la Revolución.

Con la estatización de la enseñanza (Ley del 6 de junio de 1961) dejaron de existir los colegios católicos, algunos de los cuales reaparecerían en Miami y Caracas. Muchas de las capillas religiosas que entonces perdió la Iglesia se convirtieron en almacenes y bibliotecas, como ocurrió con la del Colegio de Belén —donde Fidel Castro estudió y donde actualmente funciona el Instituto Técnico Militar.

La emigración masiva de sacerdotes, religiosas y de dirigentes de organizaciones laicales católicas —algunos detenidos a raíz del desembarco de Bahía de Cochinos—, muchos de los cuales se establecieron en la Florida, condujo al intento de establecer la «Iglesia cubana en el exilio», cuya principal expresión se plasma en la Ermita de la Caridad, situada frente al mar, mirando hacia Cuba. La Santa Sede no apoyó el proyecto, y los católicos cubanos en el exterior debieron sumarse a las estructuras eclesiales de sus lugares de residencia, aunque se les toleró algún tipo de pastoral propia.

Exclusión de los creyentes

El Primer Congreso del PCC, en su Plataforma Programática, señaló a la religión «entre las formas de conciencia social» caracterizada por la construcción de «un reflejo tergiversado y fantástico de la realidad exterior». En su Resolución «Sobre la política de relación con la religión, la Iglesia y los creyentes», reconoció la libertad de conciencia y el derecho de los creyentes a practicar el culto religioso, pero declarando buscar «la supresión definitiva de supervivencias ideológicas del pasado, entre las que figuran los criterios místicos religiosos y las creencias en lo sobrenatural», postura interpretada como una profesión de ateísmo militante.²⁰

Revolución y religión se consideraron, desde entonces, espacios antagónicos. A los creyentes religiosos se les excluyó —con escasas excepciones— del ingreso al único partido político existente, y gobernante en el país, manifestación de una discriminación contradictoria

¿Qué le corresponderá a la Iglesia? ¿Habrá una nueva Iglesia para una nueva Cuba? ¿Se producirán los cambios necesarios dentro de la Iglesia y en la sociedad, que la preparen y faciliten su reinserción social? El tiempo lo dirá.

con un proceso social inclusivo. Situaban en la misma posición a los adversarios de la Revolución y a quienes la apoyaron, incluso desde el inicio. Esto conllevó a excluir a los religiosos de algunas disciplinas universitarias —especialmente las humanistas—, del ejercicio de la docencia y de cargos de responsabilidad, para los cuales se estableció como requisito —muchas veces informal— la militancia en el PCC y en la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), y tener «una mentalidad científica», pero «ciencia y religión se oponen inconciliablemente», según la Plataforma.

Esta ratificó los principios clásicos del marxismo-leninismo, en su versión soviética, acerca de la religión y los religiosos y, paradójicamente, reconoció que

en el plano internacional y especialmente en la América Latina el Partido aprecia positivamente la actitud de numerosos sectores cristianos avanzados y renovadores que participan en las luchas de liberación nacional, enfrentándose al imperialismo y a las oligarquías criollas, a la par que exhiben y propagan los éxitos de la nueva vida en Cuba y su Revolución socialista como ejemplos a seguir.²¹

Pero «el objetivo reconocimiento de esta nueva modalidad de la fe cristiana, no modificó la concepción clásica de la religión por los comunistas»,²² favoreciendo que los enemigos del Gobierno revolucionario lo acusaran de «sectario» y «dogmático», de asumir una posición «ateísta», que la antropóloga María I. Faguaga considera más explícito calificar de «ateizante»,²³ lo cual no se correspondía con la historia cultural y política de Cuba ni de América Latina, donde muchos partidos, incluso comunistas, mantuvieron «una mano tendida hacia los creyentes religiosos». Se acusó al gobierno de utilizar a los cristianos como «compañeros de viaje» para alcanzar el poder, y luego «echarlos por la borda».

Para algunos, la actitud interna hacia los creyentes representaba una concesión ideológica a la Unión Soviética —principal sostén económico y político—, plasmada en la introducción de los manuales elaborados en la URSS, con enfoques ateizantes, e incorporando el curso de ateísmo en la Universidad de La Habana, impartido por profesores soviéticos, que a su vez supervisaron los programas de enseñanza de la Filosofía. En contradicción, desde 1979 se impartió, en la Facultad de Filosofía e Historia, de la propia Universidad, la disciplina Historia de las religiones en

América, apoyada en la revisión histórica desarrollada en América Latina, desde la perspectiva de la TL, por la Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en Latinoamérica (CEHILA).

Habría que destacar que en Cuba ningún sacerdote fue fusilado, lo que sí ocurrió en otros países con procesos revolucionarios violentos —como la Revolución mexicana, la bolchevique y la Guerra civil española—, aunque sí laicos católicos acusados de acciones violentas contra el país.

La Ley que estableció el Servicio Militar Obligatorio, dictada el 16 de noviembre de 1963, prohibió a ciudadanos cubanos del sexo masculino, entre 17 y 45 años, abandonar el país, incluyendo a sacerdotes católicos y pastores protestantes.

No dejaría de crear tensiones entre la Iglesia y el Estado, la movilización obligatoria —a mediados de los años 60— de varios sacerdotes, seminaristas y laicos hacia las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), hacia donde llevaron a los considerados antisociales: potenciales delincuentes, homosexuales y opositores políticos. En las UMAP estuvieron tres jóvenes sacerdotes católicos, entre ellos el actual Arzobispo de La Habana y Cardenal Jaime Ortega Alamino, y el Obispo Auxiliar de La Habana, Alfredo Petit. Igualmente, varios pastores de otras iglesias cristianas, como el bautista Raúl Suárez Ramos, actualmente diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular y director-fundador del Centro Memorial Martin Luther King, Jr.

Clericalización y deslaicización

La Iglesia católica en Cuba vivió un proceso opuesto al que sucedía en esa institución en Latinoamérica, terminado el Concilio Vaticano II y las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, que luego de 1968 intentaron aplicar a la realidad latinoamericana los acuerdos conciliares. En la Isla —consecuencia de la polarización política ocurrida en los años 60 y los 70— se desencadenó un creciente proceso de clericalización y de deslaicización, que conmovió sensiblemente la estructura eclesiástica y debilitó sus posibilidades de incidir en el campo social.²⁴

La salida de Cuba de muchos activistas laicos, la incorporación de otros a las organizaciones surgidas en la Revolución o su incorporación a grupos opositores,²⁵ debilitó sensiblemente al movimiento laical, en calidad y cantidad, extinguiéndose muchas asociaciones. Una circular del Consejo Nacional de la Juventud Femenina de la Acción Católica, en 1965, esclarecía: «La Acción Católica no obliga a nadie a quedarse, ni orienta a nadie a irse, pues esto es un asunto de conciencia».²⁶ El Estado intervino locales de asociaciones laicales, y sus publicaciones dejaron de imprimirse al nacionalizarse las imprentas. Si bien «la historia del movimiento laical en Cuba está por escribirse»,²⁷ no debe continuar ignorándose este importante aspecto de la historia de la Iglesia católica en los últimos cincuenta años, que merece un profundo análisis.

Ante esa situación, la jerarquía católica disolvió Acción Católica y creó el Apostolado Seglar Organizado, concentrando muchas de sus funciones. Perdía así autonomía el movimiento laical y se convertía en un apéndice controlado directamente por la jerarquía y el clero.

La Iglesia adoptó la mentalidad de gueto y envejeció con rapidez. No sería hasta 1971, con el primer encuentro de la Comisión del Apostolado Seglar, que la institución analizó el papel de los líderes laicos en la promoción del laicado. Temas como «El laico en el momento actual de la Iglesia cubana» y «Opción por los pobres», atrajeron su atención. Entendió que «el cristiano no debe rehuir su colaboración a los empeños por construir un mundo mejor».²⁸

Se fundó el Consejo de laicos de la Arquidiócesis de La Habana (1994), integrado por nuevas agrupaciones laicales: Movimiento de Trabajadores Cristianos, Movimiento de Estudiantes Católicos Universitarios, Movimiento Familiar Cristiano, Movimiento de Renovación del Espíritu, Movimiento de Trabajadores de la Salud y Comunión y Liberación —que se propone retomar las funciones de las antiguas—; pero, en un ambiente muy diferente, no han alcanzado la incidencia social de las anteriores.

Jornadas Camilo Torres

Con veladas, trabajo voluntario, círculos de estudio, etc., se conmemoró en Cuba el octavo aniversario de la muerte de Camilo Torres Restrepo, que iniciaban las Jornadas continentales en su homenaje (15, 16 y 17 de febrero de 1974), iniciativa de la Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes (OCLAE), con activa presencia del laicado y el clero progresista latinoamericano.²⁹

Participaron la Federación de Estudiantes Universitarios, la Federación de Mujeres Cubanas, la Unión de Colombianos Residentes en Cuba, y cristianos de diversas iglesias y denominaciones identificados con el proceso revolucionario. Teólogos, académicos, sacerdotes, pastores, seminaristas, y laicos deliberaron sobre el papel del cristiano cubano en su particular situación socioeconómica, con la referencia del pensamiento y la acción de Camilo y de otros cristianos del continente, víctimas de regímenes militares alentados por el gobierno estadounidense.³⁰

El teólogo presbiteriano Sergio Arce Martínez —entre los primeros religiosos diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba— destacó a Camilo como «símbolo legítimo de lo que el primer ministro Fidel Castro llamara la alianza estratégica entre marxistas y cristianos», en su visita al Chile de Salvador Allende, donde se reunió con más de cien sacerdotes católicos.³¹ El Arzobispo Francisco Oves —quien no participó de la Jornada— había calificado de «injusta» la actitud de la extrema derecha de ese país, acerca del encuentro de Fidel con el cardenal chileno Raúl Silva Henríquez y le agradeció «sus deferencias al cardenal Silva», quien le obsequió una Biblia. También se expresó sobre los grupos cristianos revolucionarios latinoamericanos que —fieles a su identidad cristiana— se comprometen en la liberación plena del hombre, son expresión de esa energía inagotable. Yo aduciría, además, que su generosidad es una manifestación de la pujanza de la fe cuando es genuina».³²

Declaraciones como esta conducirían a su renuncia. Su actitud de comprensión y humildad, semejante a la de algunos sacerdotes, religiosas y religiosos de la Iglesia católica en Cuba, armonizaba con el desempeño de parte del laicado cubano inserto en la nueva dinámica social.

Durante la Jornada Camilo Torres, el pastor metodista norteamericano Richard Edwards reiteró la exigencia de la eliminación incondicional del bloqueo impuesto por Washington a La Habana. Se destacó el vaticinio de Gómez Treto:

La Iglesia universal, la de la fe viva, la del amor eficaz, la de la esperanza imperecedera, no perecerá; pero nuestras iglesias y capillas sectarias, egoístas, avaras, asidas a valores seculares percederos, dedicados a ritos mágicos inexpresivos, insignificantes que no nos sensibilizan para la acción liberadora y sacrificial para la auténtica vida pascual y eterna del seguimiento de Jesús, esas sí perecerán.³³

Tal sentencia podrá parecer a muchos exagerada, pero el creciente envejecimiento de la feligresía, la deserción masiva hacia la búsqueda, fuera de la Iglesia, de respuestas a inquietudes espirituales y sociales no satisfechas en esta, los reiterados escándalos del clero —que obligaron al Pontífice Benedicto XVI a pedir

públicamente perdón por las acciones pederastas de sacerdotes—, el desarrollo de una cada día más acentuada tendencia fundamentalista y la persecución a quienes cuestionan el orden establecido —lo cual impidió el desarrollo de una teología audaz y renovadora, que recuperara las raíces históricas del cristianismo—, son síntomas de que algo anda mal y como dice el refranero popular: «Lo que mal anda, mal acaba». No faltan quienes acusan a la Iglesia institucional de «traicionar a Cristo».

Si bien se iba deslaicizando la Iglesia católica como institución, que excluía u obligaba a la auto exclusión a sus laicos políticamente progresistas —posición similar a la asumida por las instancias gubernamentales en cuanto a los religiosos, luego del Primer Congreso del PCC—, es excesivo afirmar que ese laicado dejó de existir dentro de la Iglesia. Aparecerían agrupaciones como el Grupo de Reflexión Oscar Arnulfo Romero y CEHILA-Cuba, cuyos miembros persistieron en vivenciar, pese a toda limitación, incomprendimientos de las partes y dificultades, su fe religiosa y su compromiso social.

El católico revolucionario que se expresaba socialmente como trabajador y en las instancias recién creadas, no necesariamente abandonaba su religión pese a no asistir al templo, ocultar la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en la habitación de la abuela, aunque quien antes fuera su guía espiritual lo percibiera ahora como una «oveja descarriada» o «un renegado». Si tras los acuerdos del Cuarto Congreso del PCC y la reforma constitucional, tantos antiguos católicos retornaron a la práctica de su fe, es porque nunca fueron realmente deculturados. Pudiéramos explicarnos la deslaicización ocurrida en la Iglesia en Cuba a partir de los años 60, con su par sociológico: el proceso, silencioso, de laicización de la sociedad fuera de los templos.

Las teologías

La Iglesia católica en Cuba no desarrolló un sistema teológico propio, de apoyo a su labor pastoral. Ha importado esquemas europeos, principalmente de España, estructurados en otras realidades históricas y culturales, y ajenos a las necesidades teológicas de una Iglesia que, pese a algunos esfuerzos por «cubanizarla» —en especial del primer cardenal cubano Manuel Arteaga—, continuó importando clero hispano, al cual consideró «más confiable» y «barato» que formarlo en la Isla, con vocaciones nacionales, siempre pocas, y que a algunas órdenes religiosas nunca les interesó fomentar.

Teología de la Revolución

El primer esfuerzo de reflexión teológica cubana contextualizada, paradójicamente, lo realizó un

presbiteriano formado en los Estados Unidos. Se trata de Sergio Arce Martínez, ex profesor de Teología sistemática del Seminario Evangélico Interdenominacional de Matanzas, de donde fue rector. Era graduado de Filosofía por la Universidad de La Habana y por el Seminario Evangélico de Río Piedras, Puerto Rico.

Calificó su teología de «coyuntural, contextual, circunstancial», cuyo objetivo era «dar una respuesta de fe y esperanza a las diversas situaciones que hemos vivido a lo largo del proceso revolucionario». Explicó que para

hablar de teología «cubana» que se inserte de manera inequívoca dentro del proceso de liberación integral que finalmente transformaría nuestra patria [...] se necesitaba una ideología revolucionaria, que inspirada en la lucha de nuestro pueblo, fuese asumida por algún quehacer teológico que adecuase comprometidamente la pastoral a la secular lucha popular triunfante tan solo a partir de 1959.³⁴

Su Teología de la Revolución pudiera considerarse un antecedente cubano de la TL latinoamericana, fundamentando el compromiso cristiano con el proceso revolucionario cubano. Procuraba responder a las múltiples interrogantes que se hacían los cristianos respecto a su participación en el proceso político iniciado.³⁵

Cristianos, teólogos y científicos sociales de todas partes del mundo debatían sobre la realidad mundial, religiosa y social en el Seminario Teológico de Matanzas, rectorado por Arce, mientras el número de seminaristas declinaba sensiblemente; denominaciones inconformes con la teología promovida por él no enviaban a sus alumnos. La Iglesia católica lo calificó de «anti-católico» debido a su crítica calvinista del papel histórico de esa institución. Se censuraron sus frecuentes viajes al exterior —principalmente al antiguo bloque comunista, especialmente a Praga y Moscú—, y su involucramiento en el Movimiento Cristiano por la Paz —con sede en Praga—; lo acusaron de suscribir incondicionalmente la experiencia de lo que se denominó «socialismo real» sin cuestionar los problemas existentes entre algunas iglesias y los gobiernos. Una crítica similar enfrentarían algunos teólogos latinoamericanos de la liberación.

Teología de la Liberación

Con la incorporación de muchos cristianos al proceso revolucionario latinoamericano se cuestionaron esquemas doctrinales que antes fueron su sostén ideológico. En Latinoamérica, la teología comenzó a tener apellidos antes inusitados: Política, Desarrollo, Esperanza, Violencia y Liberación. Intento serio de cortar la dependencia teológica del extranjero, principalmente de Europa. Comenzaba la búsqueda del camino teológico latinoamericano.³⁶ Se destacó el

sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez Merino, considerado por tantos «el padre de la Teología de la Liberación», quien contribuyera al esquema preparatorio de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, con el objetivo de adaptar los acuerdos del Concilio Ecuménico a la realidad continental. En las citas de su novedoso ensayo teo-socio-político, «Teología de la Liberación»,³⁷ se confunden autores de raigambre teológica con clásicos del marxismo, entremezclándose ecuménicamente lo más avanzado del pensamiento católico y protestante con modernos pensadores marxistas y polémicos filósofos burgueses contemporáneos, con el aporte de figuras del Tercer mundo, como Fidel Castro y Ernesto Che Guevara.

El libro de Gutiérrez —quien no sacralizó la Revolución ni el nuevo orden social que surgiera de esta— no se publicó en Cuba. Su autor no visitó la Isla; no deseaba hacerlo sin un aval del Episcopado cubano, para que no se interpretara como una intromisión en los asuntos internos de la Iglesia católica cubana, protagonista de frecuentes desacuerdos con el gobierno isleño. Sí ha estado varias veces en Cuba el teólogo liberacionista egipcio-italiano Giulio Girardi —marginado por la Santa Sede de sus funciones sacerdotales, y obligado a abandonar la enseñanza teológica en centros católicos— y ha participado en eventos científicos, algunos auspiciados por CEHILA-Cuba. Ha ofrecido conferencias en la Universidad de La Habana y tomado parte en encuentros macro-ecuménicos que reunieron, por primera vez, a representantes de religiones cubanas de origen africano con líderes cristianos, islámicos, judíos y académicos; se han publicado sus libros *Cuba después del derrumbe del comunismo. ¿Reducto del pasado o germen de un futuro nuevo?* (Centro de Estudios del Consejo de Iglesias de Cuba, 1996) y *¿Otro mundo es posible?* (Centro Juan Marinello, 2003). Artículos suyos aparecen frecuentemente en la revista de pensamiento socioteológico *Caminos*, del Centro Martin Luther King, Jr.

Teología de la reconciliación

El padre René David Rosset —para muchos un «santo»—, sacerdote francés de amplísimos conocimientos, profunda espiritualidad cristiana, y buen conocedor de los cubanos, profesor por muchos años en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, escribió, a partir de los intercambios con sus seminaristas, *Para una teología y una pastoral de la reconciliación en Cuba*.³⁸ Al haber en Cuba una revolución, concluía, no hacía falta la TL, sino una Teología de la Reconciliación, que llevara al reencuentro y al entendimiento entre los distintos sectores de la nación

cubana impactados por el cambio revolucionario, que los había enfrentado, dividiendo a la sociedad.

Su tesis se centraba en una espiritualidad en imprescindible comunión con Dios y con todos los hombres y mujeres, religiosos o no, que en la práctica se tradujera en un servicio fundado en el amor de Dios por la creación, que debe generar la reconciliación de la familia humana, y lograr superar las contradicciones originadas en el desamor y el pecado. Ese histórico documento circuló poco entre los católicos, y algunos lo vieron con reservas dentro y fuera de la Iglesia —unos dominados por el anticomunismo; y otros por la ortodoxia ateizante.

La discusión del documento en un círculo más amplio de católicos, buscando nuevas formas pastorales para la Iglesia en Cuba en medio de la complejidad del proceso político, y de la proclamación constitucional de un Estado ateo, animó a varios seminaristas, presbíteros jóvenes, y religiosos, a presentar sus inquietudes y conclusiones primarias a los obispos, y reclamar una acogida que propiciara la elaboración de una pastoral más adecuada a la realidad nacional.

En las Convivencias sacerdotales realizadas anualmente en el Santuario Nacional del Cobre se convino, en 1979 y 1980, que la Iglesia en Cuba necesitaba una reflexión seria y comunitaria sobre su misión en la nueva sociedad socialista, a la luz de los documentos de la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Puebla, 1979).³⁹ El jesuita Monseñor Fernando Azcárate, ex Obispo Auxiliar de la Habana, que había asistido al Concilio Vaticano II, denominó «Pueblita cubano» a esa reflexión necesaria y asumió la propuesta, avalándola con su autoridad. El proceso se extendió cinco años, hasta la celebración del Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC) (La Habana, 17 al 23 de febrero de 1986), al que asistió, como enviado de Juan Pablo II, el cardenal argentino Eduardo Pironio, quien visitó importantes lugares de la Isla en el avión presidencial puesto a su disposición por Fidel Castro. Se mencionó la posibilidad de una visita del Pontífice a la Isla, y se conoció como Reflexión Eclesial Cubana (REC) el resultado de lo allí tratado. El primer fruto de esa REC —comentaría más tarde el padre Rolando Cabrera García—, fue el esfuerzo de la Iglesia católica cubana por descubrir una particular «vocación eclesial» en el momento histórico que vivía, y de cara al futuro.⁴⁰

Encuentro Nacional Eclesial Cubano

Para muchos observadores, los dos acontecimientos más relevantes en la historia de la Iglesia católica en Cuba, en los últimos cincuenta años, fueron el ENEC y la única visita de un Papa al país (enero de 1998);

ambos relacionados entre sí, pues sin el primero hubiera sido muy poco probable que la Iglesia católica cubana se embarcara en una visita papal.

El ENEC es considerado el acontecimiento reflexivo más importante en la historia de la Iglesia católica de la Isla, en sus más de cinco siglos de existencia, y continúa su «relectura actualizada». A sus diez años, se realizó un encuentro conmemorativo⁴¹ que respondía al IV CELAM (Santo Domingo, 1992) y a la encíclica de Juan Pablo II, *Tertio Milenio Advenimiento*, con la que convocó al Gran Jubileo católico del cristianismo para el año 2000.

El ENEC abogó por «la reconciliación y el diálogo», y significativamente, escogió la opción del «acompañamiento» al proyecto político revolucionario.⁴² Acordó la reconciliación como «línea de acción», y en el epígrafe 1.5, titulado «Aportes de la sociedad socialista a la vivencia de la fe cristiana», señaló:

la sociedad socialista nos ha ayudado a tener una mayor valoración de la persona humana; adquirir una mayor conciencia de la discusión social del pecado, en especial frente a distintas formas de injusticia y desigualdad (racial, económica, etc.). Nos ha enseñado a dar por justicia lo que antes dábamos por caridad; apreciar mejor el trabajo, no solo como factor de producción, sino también como elemento de desarrollo de la persona; comprender la necesidad de cambios estructurales para una mejor distribución de los bienes y servicios (educación, asistencia médica, etc.); propiciar una mayor entrega personal y de ayuda solidaria a los demás.⁴³

Fuera y dentro de la Iglesia hubo reacciones al proceso de autoevaluación. En el oficialismo cubano, algunos creyeron que el ENEC no había sido suficientemente autocrítico y que en sus trabajos predominó una línea justificativa de la conducta de la Iglesia frente a la Revolución. En el otro extremo estaban quienes percibían una tendencia «conciliadora» de la Iglesia, incoherente con la política ateizante del gobierno y del PCC, que daba poco espacio al accionar de la Iglesia.

Fuera de Cuba —principalmente en la comunidad cubano-americana de Miami—, se criticó severamente al ENEC, interpretado como rendición, como «un cheque en blanco» de la Iglesia cubana al comunismo. Se le relacionó con la posición auspiciada por la Santa Sede en ese momento hacia el campo socialista, la *estpolitik*, diseñada por el cardenal Agostino Casaroli, experimentado diplomático que presidió varios años el Consejo para Asuntos Públicos de la Santa Sede.⁴⁴

Pese al clima de distensión y diálogo que creara el ENEC, las relaciones entre la Iglesia y el Estado revolucionario se volverían a tensar en 1993 —tras la disolución del campo socialista y de la URSS—, en un nuevo contexto político y económico, en uno de los momentos más difíciles del llamado Período especial,

y coincidiendo con la política de Washington de reforzamiento del bloqueo.

Cuba y la Teología de la Liberación

Aunque Fidel Castro manifestó simpatías hacia la TL y se reunió con exponentes de esta, fue vista con reservas por algunos dirigentes del PCC, creyendo descubrir un «caballo de Troya» de la Iglesia dentro del comunismo. Jerarcas de la Iglesia católica —sobre todo en Polonia, nación de Juan Pablo II, cuya relación con el régimen comunista pro soviético en ese país marcaría su conducta frente a los teólogos de la liberación—, se inclinaron a apreciarla como un «caballo de Troya» de los comunistas dentro de la Iglesia.

Desde el inicio de su pontificado, Juan Pablo II emprendió contra los teólogos de la liberación y sus intentos por propiciar una Iglesia popular. Les prohibió ejercer la pedagogía en los seminarios católicos y obligó a algunos, como al brasileño Leonardo Boff, al silencio disciplinario. La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe —cuyo Prefecto era el actual Papa Benedicto XVI— la criticó en dos de sus «Instrucciones». El entonces cardenal Ratzinger vinculó la TL, irremediamente, con el marxismo.

Uno de los últimos motivos de tensión entre la Iglesia y el Estado cubano lo provocó el mensaje de la Conferencia episcopal de Cuba *El amor todo lo espera*, de 8 de septiembre de 1993.⁴⁵ Emitido tras la caída del muro de Berlín (1989), abogaba por el diálogo interno para enfrentar la crisis creada. La prensa oficial cubana criticó fuertemente —durante un mes— la posición de la jerarquía católica cubana, interpretada como apoyo a la política norteamericana de reforzamiento del bloqueo. También fue criticado por católicos cubanoamericanos,⁴⁶ quienes estimaban que daba al régimen cubano una oportunidad de recuperarse y adaptarse al nuevo escenario internacional, propiciando su prolongación. Les irritaba la ratificación de la condena al «embargo» norteamericano. El historiador Manuel Márquez Sterling llegó a preguntarse: «¿A quién está tratando de apaciguar o agradar nuestra Iglesia?».⁴⁷ Otros, como José Sánchez-Boudy, serían más categóricos: «El exilio histórico no dialogará», afirmaron.⁴⁸

Los 90 fueron años de exteriorización de la fe religiosa. En 1991 se fundó Caritas-Cuba, para canalizar la ayuda solidaria del exterior, sobre todo procedente de Europa, donde se exigió que los envíos para el pueblo cubano estuvieran a cargo de organizaciones no gubernamentales, y fue la Iglesia católica la única reconocida, en la práctica, por estos países. El gobierno

de los Estados Unidos autorizó el envío de ayuda a Cuba —violentando su propio bloqueo— a través de Caritas.

Primera visita de un Papa a Cuba

El acontecimiento religioso más sobresaliente de finales del siglo pasado para la Iglesia en Cuba, y fundamental para la sociedad cubana en general, fue la visita de Juan Pablo II, entre el 21 y el 25 de enero de 1998). Esa única visita de un Papa a la Isla, ocurrió en un contexto político, económico y cultural particular, en medio del Período especial y de la acentuación del bloqueo norteamericano.⁴⁹ El anuncio de la visita, luego del encuentro entre Juan Pablo y Fidel Castro en Roma, el 19 de noviembre de 1996, generó una dinámica que estremeció el panorama nacional y atrajo la atención de los medios internacionales. Se efectuó una campaña evangelizadora, «casa por casa», la primera desde 1959; se creó una comisión mixta Iglesia-Estado-Partido para organizar el evento. Una imagen de la Virgen del Cobre peregrinó, sin obstáculos, por varias parroquias de la Isla.

La visita suscitó expectativas políticas y religiosas. Se especuló que anticiparía el fin del sistema político cubano. La presencia del Papa y sus mensajes llegaron a toda la población; por primera vez, en muchos años, los cubanos escucharon un discurso diferente al oficial. También por primera vez, la dirigencia revolucionaria cedió la Plaza de la Revolución, escenario de grandes concentraciones revolucionarias y de históricas y extensas intervenciones de Fidel Castro, a un dignatario religioso extranjero, que con libertad se dirigió al pueblo, y sus actividades se trasmitían en vivo por la televisión y la radio. En primera fila, vestido de civil, asistió Fidel Castro junto a otros dirigentes políticos, a la misa papal celebrada en la habanera plaza.

Se pudiera considerar serio, profundo y evangelizador el diálogo desarrollado con todo el pueblo, incluyendo a desconcertados no religiosos. Se regocijaron los que nunca soñaron ver sobre la fachada de la Biblioteca Nacional la popular imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que muchos retiramos de la sala de la casa cuando las campañas ateizantes se tornaron virulentas (años 70 y 80), y se enojaron los que no concebían que el régimen socialista permitiera al Papa officiar misa en el sagrado recinto revolucionario. Fidel Castro calificó la visita de «acontecimiento histórico».

Los practicantes de las religiones cubanas de origen africano, muchos de los cuales estuvieron presentes con sus atributos en los lugares donde ofició el Papa, invocaron a sus orishas por la salud del Pontífice y para el éxito de la visita, pese a haber sido excluidos del programa del visitante.⁵⁰ Iglesias protestantes y evangélicas —no todas— suspendieron sus cultos para

que sus feligreses asistieran a las misas papales, aunque no faltaron evangélicos que hicieran campaña «casa por casa» en contra de la visita y calificaran al Papa de «anti-Cristo». Muchos evangelizadores católicos fueron recibidos con amabilidad e interés por conocer sobre el Papa, incluso por quienes hasta hacía poco se manifestaban como agentes ateizantes. Como resultado del ateísmo, muchos desconocían qué representaba y quién era el Papa.

Ya en Roma, Juan Pablo II calificó de inolvidable su visita pastoral a Cuba, la que abrió un espacio propicio para un diálogo al más alto nivel entre la Iglesia y el gobierno, que, gradualmente, fue disminuyendo en intensidad. No faltaron militantes ateizantes que consideraron llegada la hora de devolver a los católicos a sus templos, recuperando la calle.

Al despedir al Pontífice, Fidel Castro dijo:

Creo que hemos dado un buen ejemplo al mundo: Usted, visitando lo que algunos dieron en llamar el último bastión del comunismo; nosotros recibiendo al jefe religioso a quien quisieron atribuir la responsabilidad de haber destruido el socialismo en Europa. No faltaron los que presagiaron acontecimientos apocalípticos. Algunos, incluso, lo soñaron.⁵¹

La visita papal abrió un paréntesis no completamente cerrado; continúa y continuará siendo una imprescindible referencia histórica.

Gobierno cubano y Santa Sede: coincidencias

La Santa Sede y el gobierno cubano coinciden hoy en «principales temas de la agenda internacional», como destacó en conferencia de prensa, el 25 de febrero de 2008 —junto al cardenal Tarcisio Bertone—, el canciller cubano Felipe Pérez Roque, quien significativamente, tras reunirse con el enviado papal, viajó a Naciones Unidas para firmar los pactos internacionales sobre derechos económicos, sociales, culturales y políticos, y los derechos civiles políticos. La visita del Secretario de Estado de la Santa Sede —cargo que corresponde en un gobierno secular al de Primer Ministro—, cuyo objetivo era conmemorar el décimo aniversario de la visita a Cuba de Juan Pablo II, coincidió con la designación de Raúl Castro Ruz como presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba, en reemplazo de su hermano Fidel Castro, lo que convirtió a Bertone en el primer dignatario extranjero en reunirse con el nuevo mandatario cubano.

Los obispos católicos de Cuba dijeron renovar «votos de confianza» y «esperanza cristiana» al nuevo Presidente, al Consejo de Estado y a la recién instalada Asamblea del Poder Popular. Aunque llamó la atención

que entre los recién electos diputados no figurara ningún sacerdote ni laico católico prominente, lo cual no excluye que algunos tengan esa fe, pero no fueron nominados por su identidad religiosa.

La Iglesia en el diferendo del gobierno revolucionario con Washington

Las complejas relaciones entre la Iglesia y el Estado en Cuba, en el último medio siglo, además de condicionamientos ideológicos y de carácter interno, han estado permeadas por el diferendo entre el gobierno cubano y los norteamericanos, que en ocasiones han intentado utilizar el espacio religioso para combatir a la Revolución. Las tropas organizadas por la CIA que desembarcaron en Bahía de Cochinos, llevaban un escudo con el símbolo de la cruz cristiana y el lema: «Dios, Patria y Libertad», y su jefe político era el ex líder laico católico Manuel Artime Buesa.

Toda crítica de la Iglesia a la política gubernamental se ha interpretado desde este prisma, aunque en fecha tan temprana como el 20 de abril de 1969 los obispos católicos de Cuba suscribieran un comunicado dirigido a todos los sacerdotes y fieles, que expresaba:

Denunciamos esta injusta situación de bloqueo que contribuye a sumar sufrimientos innecesarios y hacer más difícil la búsqueda del desarrollo. Apelamos [...] a la conciencia de cuantos están en condiciones de resolverla para que se emprendan acciones decididas y eficaces destinadas a conseguir el cese de la medida.⁵²

Declaración con la cual «la Iglesia condenaba explícitamente el inmoral bloqueo económico impuesto al pueblo de Cuba por el gobierno de los Estados Unidos».⁵³

En el denominado «Plan para una transición democrática en Cuba», elaborado por la administración de George W. Bush, se otorgó a la Iglesia un papel fundamental en el período que seguiría a un proceso de amplia reprivatización —desarrollado por un hipotético gobierno que reemplazaría al actual y que pondría fin a los beneficios sociales, incluyendo la educación y la salud—, para que con su labor caritativa atenuara las tensiones sociales que podrían desencadenar un cambio radical de régimen y la vuelta al capitalismo. La Iglesia católica rechazó con energía tal papel.

Mirada al futuro

Aun los analistas más críticos del gobierno cubano coinciden en que se vive una nueva etapa en la nación caribeña, que unos llaman «transición» y otros «reciclaje», una adaptación a los nuevos tiempos del proceso político iniciado en 1959. El cardenal Ortega manifestó:

El momento actual de Cuba también es muy especial. Se ha iniciado una etapa de reflexión y debate, que se hace notable en el pueblo, a veces en los medios electrónicos, aunque no en todos siempre, pero ahí está presente este aliento de cambio para que las cosas mejoren y crezca la felicidad en nuestro pueblo. Es un momento interesante, y lo miramos con esperanza.⁵⁴

El futuro de Cuba está lleno de interrogantes, acrecentadas tras las serias afectaciones económicas provocadas por los huracanes que la azotaron en septiembre de 2008, y obligaron a la aplicación de medidas especiales para enfrentar los problemas. Las iglesias cubanas e instituciones católicas como Caritas se movilizaron para recabar solidaridad. Habría que agregar el próximo inicio de una nueva administración norteamericana, lo que tendrá alguna incidencia en el futuro de Cuba. La Iglesia católica local y la Santa Sede pretenden no quedar al margen de ese futuro.

Muchos católicos rezan en Cuba a la Virgen de la Caridad del Cobre —Ochún para los santeros— por un futuro de paz y mejores condiciones de vida, para que se desarrolle un espacio inclusivo a partir de una deseada y necesaria reconciliación entre todos los sectores ideológicos internos, y extendida a los cubanos del exterior. Un espacio donde quepan todos con iguales derechos y deberes, como aspirara el prócer de la independencia de Cuba, José Martí.

¿Qué le corresponderá a la Iglesia? ¿Habrá una nueva Iglesia para una nueva Cuba? ¿Se producirán los cambios necesarios dentro de la Iglesia y en la sociedad, que la preparen y faciliten su reinserción social? El tiempo lo dirá.

Notas

1. Enrique López Oliva, «¿Cuál será el papel de la Iglesia católica en el futuro de Cuba?», *Enfoques*, IPS, La Habana, segunda quincena de marzo del 2008; «La Chiesa prepara il dopo-Fidel», *Limes. Revista Italiana di Geopolitica*, n. 2, Roma, 2007, pp. 251-8.
2. Raúl Gómez Treto, *La Iglesia católica durante la construcción del socialismo en Cuba*, CEHILA, La Habana, 1994.
3. Varios obispos cubanos asistieron en Roma a los diversos períodos del Concilio: Manuel Rodríguez Rozas, de la diócesis de Pinar del Río; los obispos auxiliares de La Habana, Fernando Azcárate y Freyre de Andrade, S. J., Eduardo Boza Masvidal y José M. Domínguez Rodríguez, posteriormente Obispo de Matanzas; Eduardo Martínez Dalmau, de Cienfuegos; y, de Camagüey, Carlos Riu Inglés y Adolfo Rodríguez Herrera, quien fuera presidente de la Conferencia Episcopal de Cuba. Sus intervenciones oscilaban entre el apoyo y la animadversión a las intervenciones de sus pares latinoamericanos sobre temas como la distribución de bienes, temerosos de que la no equidad existente facilitara «el camino al comunismo»; reclamaron que las escuelas católicas permanecieran abiertas, y sobre el ministerio y la vida de los presbíteros.
4. Enrique López Oliva, *Los católicos y la revolución latinoamericana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.

5. Enrique López Oliva, *El camilismo en la América Latina*, Cuaderno n. 10, Casa de las Américas, La Habana, 1970.
6. Véase Camilo Torres, *Cristianismo y revolución*, Era, México, DF, 1970.
7. El clero diocesano lo integraban 220 sacerdotes, de los cuales 95 eran nacionales. Las órdenes religiosas masculinas contaban con 461 sacerdotes, de estos 30 eran cubanos. Entre los religiosos no ordenados —no sacerdotes; llamados «hermanos»— había 328, la mayoría extranjeros. La mayoría de las religiosas eran españolas; las órdenes femeninas tenían mil 872 religiosas en total, solo 556 eran cubanas, y mil 167 se dedicaban a la enseñanza.
8. Manuel Fernández Santalices, *Cuba: catolicismo y sociedad en un siglo de independencia*, Fundación Honrad Adenauer, Caracas, 1996, p. 61.
9. Véase Izaskun Álvarez Cuartero, «Relaciones entre el Estado y la Iglesia católica en Cuba (1952- 1961)», *Revista Hispania Sacra*, Centro de Estudios Históricos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, v. XLVII, n. 95, Barcelona, 1995, pp. 67-94.
10. Carlos María Gutiérrez, «Entrevista a Monseñor Cesar Zacchi», *Marcha*, Montevideo, 14 de marzo de 1986.
11. *La voz de la Iglesia en Cuba. Cien documentos episcopales*, Obra Nacional de la Buena Prensa, México, DF, 1995, pp. 53-9.
12. Raúl Gómez Treto, ob. cit., p. 27.
13. *La voz de la Iglesia en Cuba...*, ob. cit., pp. 70-4.
14. Desde entonces, el acceso a la educación es constante reclamo de la Iglesia católico-romana ante las autoridades gubernamentales. El Período especial facilitó la tolerancia, junto a Caritas, de servicios de instrucción que el sistema nacional estatal no ofrece o cuya elevada demanda no le permite enfrentar en solitario; desde primeros auxilios hasta idiomas y computación, desde ética hasta maestría en ciencias sociales, sin faltar la teología, impartidos en cooperación con profesores o ex profesores de universidades cubanas.
15. Esta ley fue saludada por el Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de La Habana y su Administrador Apostólico, Monseñor Evelio Díaz, en el mensaje pastoral «La Iglesia católica y la nueva Cuba», por el Obispo de Matanzas, Alberto Martín Villaverde y por Pérez Serantes. *La voz de la Iglesia en Cuba...*, ob. cit., pp. 77-9.
16. Fidel Castro, *Pueblo y Revolución. Selección temática 1959-1986*, Editora Política, La Habana, 2008, p. 91.
17. Oves retornó a Cuba en 1969 como Obispo Auxiliar de Cienfuegos y fue designado Arzobispo de La Habana en 1970, a lo que renunció en 1981, estando ya fuera de Cuba.
18. Con la creación del Departamento de atención a los asuntos religiosos en 1985, dependiente del Comité Central del PCC, Carneado asumió la dirección, hasta su fallecimiento (1993). Este hecho distingue a Cuba de otros países latinoamericanos, donde las relaciones Iglesia-Estado se desarrollan en dependencias estatales, como los Ministerios de Relaciones Exteriores y del Interior, y no por departamentos partidistas.
19. Manuel Fernández Santalices, ob. cit., p. 65.
20. Véase Raúl Gómez Treto, ob. cit., p. 85; *Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba*, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del PCC, La Habana, 1976, p. 100.
21. Raúl Gómez Treto, ob. cit., p. 86.
22. Ídem.
23. En opinión de la antropóloga e historiadora María I. Faguaga, «el ateísmo, como cualquier otro acercamiento doctrinal a la relación [...] sociedad-religión, tiene una existencia comprensible. Cuando se transforma en plataforma de un Estado [...] se ha transformado en política para la que acompaño el adjetivo “ateizante”, pues ya no propone sino impone». María I. Faguaga, *Afro-religiones y política*, 2008 [inédito].
24. Entre 1928 y 1960 los católicos fundaron organizaciones de jóvenes, universitarios, obreras, de cine, etc., y un partido. El dirigente estudiantil José Antonio Echeverría participó en la Agrupación Católica Universitaria. Muchos dirigentes de la Juventud Obrera Católica se incorporaron a la rama obrera del 26 de Julio. En 1953 un grupo de jóvenes católicos participó en el Movimiento Nacionalista Revolucionario que intentó, encabezados por el profesor universitario católico Rafael García Bárcena —quien sería después embajador del Gobierno revolucionario en Brasil—, tomar el campamento militar de Columbia. Miembros del Movimiento de Liberación Radical (1955) —con el que, al salir de la cárcel, se reunió Fidel Castro interesado en pactar una alianza— se incorporarían al 26 de Julio y otros al Directorio Revolucionario.
25. Laicos católicos fundaron el Movimiento Demócrata Cristiano (1960), con el propósito de crear un partido político. Muchos emigraron a los Estados Unidos y apoyaron políticamente la invasión de Playa Girón, lo que, según declaró en Miami a este autor un dirigente-fundador del Partido Demócrata Cristiano, fue un «grave error» político, influenciados por la CIA. Véase Salvador Larrúa Quedes, *La Academia Católica de Ciencias Sociales y el Primer Código del Trabajo en Cuba*, Editorial del Santuario de Nuestra Señora de la Candelaria, La Habana-Sevilla-Tenerife, 2002; Juan Emilio Friguls y Walfredo Piñera, «Datos para una cronología de la Iglesia católica cubana desde el fin de la etapa colonial a 1959», *CEHILA-Cuba*, n. 2, La Habana, 1997, pp. 7-44; Manuel Fernández Santalices, ob. cit.
26. Véase «Circular del Consejo Nacional de la JFACC», 14 de octubre de 1965, La Habana.
27. Rolando Cabrera García, ob. cit., p. 93.
28. «Comunicado de la Conferencia Episcopal de Cuba», 3 de septiembre de 1969.
29. Véase «La Jornada Camilo Torres en 1974 en Cuba», *OCLAE*, n. 3, La Habana, 1974, pp. 10-20.
30. Véase P. Ferrari M. P. y Equipo, *El martirio en América Latina*, Misiones Culturales de B. C., A. C. México, DF, 1982. El filósofo de la liberación e historiador Enrique Dussel —fundador de CEHILA continental—, escribiría en el prólogo: «La muerte del mártir, martirizado por profetizar, se une a la muerte cotidiana del pueblo inmolado al ídolo de cada tiempo, hoy el capital», *ibidem*, p. 5.
31. Véase Hugo Assmann, *Habla Fidel Castro sobre los cristianos revolucionarios*, Tierra Nueva, Montevideo, 1972.
32. *Ibidem*, p. 72.
33. Raúl Gómez Treto, «Encrucijadas de la Iglesia en América Latina», *OCLAE*, ed. cit., pp. 11-20.
34. Sergio Arce Martínez, *La misión de la Iglesia en una sociedad socialista*, Editorial Caminos, La Habana, 2004, p. 53-8.
35. «Habrán conflictos y tensiones en razón directa al desconocimiento que tengamos del verdadero concepto cristiano en la hora actual que vive Cuba. ¿Qué dice la Iglesia? En esta conferencia del reverendo Arce se trata de contestar algunas de esas interrogantes». Raúl Fernández Cevallos, «Prólogo», en Sergio Arce Martínez, ob. cit., p. 13.

Enrique López Oliva

36. Enrique López Oliva, «¿Revolución en la teología?», *Casa de las Américas*, n. 78, La Habana, mayo- junio de 1973, pp. 46-58.

37. Gustavo Gutiérrez, *Teología de la Liberación. Perspectivas*, Editorial Universitaria S.A., Lima, 1971.

38. Rene David Rosset, *Para una teología y una pastoral de la reconciliación en Cuba*, Archivo del Arzobispado de La Habana, Sección Seminario San Carlos y San Ambrosio, La Habana, 1981; Raúl Gómez Treto, *La Iglesia católica...*, ob. cit., pp. 108-9.

39. De esta conferencia se excluyó a varios obispos latinoamericanos identificados con la TL, entre ellos Sergio Méndez Arceo, Obispo de Cuernavaca (México), y a prominentes teólogos de la liberación, participantes de la Conferencia de Medellín. Con el Tercer CELAM el Papa Juan Pablo II inició el proceso de deconstrucción y eliminación de los acuerdos más radicales del Concilio Vaticano II y del apoyo de la Iglesia a la causa de la liberación, y de desplazar la significación de la radical «opción por los pobres» a una opción «preferencial» por los pobres. Véase Lya Gutiérrez Quintanilla, «Los volcanes de Cuernavaca: Sergio Méndez Arceo, Gregorio Lemercier, Iván Illich», *La Jornada-Morelos*, Cuernavaca, 2007, p. 13.

40. Rolando Cabrera García, ob. cit., p. 32.

41. P. Manuel Jiménez, «...como debe ser, pero no de la sociedad», *CEHILA-Cuba*, n. 2, La Habana, 1997, pp. 45-56.

42. Enrique López Oliva, «La religión en la sociedad cubana», Ponencia presentada al Taller Problemas y desafíos para Cuba contemporánea, Instituto Kellogg para las Relaciones Internacionales, Universidad de Notre Dame, Indiana, 1998.

43. Encuentro Nacional Eclesial Cubano, *Documento final e introducción pastoral de los obispos*, Tipografía Don Bosco, Roma, 1987, p. 124.

44. Véase Agostino Casaroli, *Il martirio Della pazienza. La Santa Sede e i paesi comunisti (1963-89)*, Einaudi, Turín, 2000.

45. «El amor todo lo espera», en *La voz de la Iglesia en Cuba...*, ob. cit., pp. 399-418.

46. Véase Pablo Alfonso, *Cuba: el diálogo ignorado*, Editorial Cambio, Miami, 1993.

47. Manuel Márquez Sterling, «Más sobre la Pastoral», *Diario de las Américas*, Miami, 13 de octubre de 1993.

48. José Sánchez-Boudy, «El exilio histórico no dialogará», *Diario de las Américas*, Miami, 5 de octubre de 1993.

49. Enrique López Oliva, «La religión en la sociedad cubana», ob. cit., p. 31; «Influencia de la visita del Papa en la realidad cubana: impresiones personales e interrogantes», *Reflexión y Diálogo*, n. 1, Cárdenas, abril-junio de 1998, pp. 12-9.

50. No existen relaciones institucionales entre las religiones de origen africano y la Iglesia católica. Aunque esta suele incluir a los practicantes de las primeras, la jerarquía de esta Iglesia continúa disminuyéndolos y los trata despectivamente. «La Iglesia católico-romana en Cuba no ha dado el salto cualitativo de naturalizarse como cubana». María I. Faguaga, ob. cit.

51. Fidel Castro, *Pueblo y Revolución...*, ob. cit., p. 384.

52. *La voz de la Iglesia en Cuba...*, ob. cit., p. 175.

53. Raúl Gómez Treto, *La Iglesia católica...*, ob. cit., pp. 70-1.

54. Aurelio Alonso Tejada, «Diálogo con el cardenal Jaime Ortega», *Temas*, n. 53, La Habana, enero-marzo de 2008, p. 130.

© TEMAS, 2008